

gastado todo lo que tenia, y tener á mi cargo tanta gente é indios amigos, me fué fuerza enviar á buscar maiz á las sierras de Nebome y de Nure. Habiéndose los arrieros alejado sin mi órden cincuenta y cinco leguas, me vino nueva que estaban cercados de enemigos, y aunque acá estábamos mas apretados del hambre, sin comer mas que yerbas, me ví obligado á ir á socorrerlos con veinte hombres. Entré en las tierras de los nebomes gentiles, gente amiga que ha mas de cinco años dieron la obediencia, y me recibieron con grandes muestras de amor, con cruces puestas á trechos y enramadas, y algunas indias de edad con grandes ollas de agua, asperjándonos y diciendo: Tantos españoles vengais á vivir en nuestras tierras como gotas de agua derramamos sobre vosotros; y habiendo hecho esta ceremonia conmigo, pasaron al lugar donde habiamos dormido é hicieron lo mismo.... Proseguí adelante tres jornadas de poblaciones, y la última ántes de llegar á ellos salieron al camino con un gran socorro de alimentos. Hallé puestas cruces, arcos y enramadas, acudiendo infinidad de indios comarcanos con sus hijos y mugeres á que les pusiese la mano en la cabeza, y decian: Ahora que me has tocado viviré muchos años por el gran deseo que tenia de verte. Están estas naciones pobladas en unos llanos grandes que se hacen enmedio del grueso de la tierra que corresponde á los rios de Mayo é Hijaquimi, ácia el Norte. Es gente de natural muy blando y doméstico, y mas dados á la labor y cultura de la tierra, que á guerras. Son grandes labradores, y siembran de riego con tan buen gobierno en las represas y acequias como los españoles. Tienen suma de gallinas de Castilla, sus poblaciones son mas ordenadas y reducidas que las de las otras naciones de por acá. Sus edificios muy de asiento porque no son de leva como los de estos rios de petates; pero estos son de terrado de tierra á manera de adobes. Las indias en sus vestidos son muy honestas porque se cubren hasta los pies de pellejos de venado, tan bien adereados y los estiman en tanto, que por ningun precio quisieron dar uno. Aquí vinieron á dar la obediencia dos caciques de la tierra de adentro. En ninguna parte hallé noticia de españoles, que les pregunté por saber de los del Nuevo-México, aunque me la dieron de las vacas de Cibola y de otras grandes poblaciones. Esperimenté su buen natural, docilidad y disposicion para recibir el Evangelio, en especial en los nebomes, que con mucho sentimiento me dijeron: Primero nos acabaremos todos que nos vengán á bautizar los padres. Dijeles que por qué no habian hecho las instancias que los mayos, á que replicaron que es-

taban persuadidos á que los padres tendrian cuidado de entrár sin ser llamados; y prometieron venir luego á pedirlo, que será un grande freno para tener á raya los yaquimis sus enemigos, y dándoles doctrina á los yaquimis, por la que tanto claman, se podrá hacer con mas seguridad. Tambien bajaron los nures, indios amigos que ha años que dieron la obediencia, y están muy bien barbechados para sembrar en ellos la divina palabra. V. S. pida á nuestro Señor ayude esta causa suya, y á nuestro padre provincial envíe obreros para esta grande miés, que promete frutos muy colmados. El Señor los lleve á sazón, y guarde á V. R. muchos años, &c."

Hasta aquí el valeroso capitán, que á la fidelidad, á la actividad y á la prudencia en el gobierno de aquellos países, juntaba la sólida piedad y el celo de un ministro evangélico. El padre Pedro Mendez refiere así su primera entrada á los mayos. „Esme tan difícil escribir algo en esta nueva gente, que para hacerlo ha sido forzoso retirarme y encerrarme, porque en tomando la pluma me cercan que no hay modo de apartarlos; pero al fin diré algo de nuestra entrada, que á gloria de Dios fué próspera. Luego que se les dió aviso salió diez leguas el mayor cacique á dar razon de la gente que habia podido juntar; mas adelante salieron otros quince principales, y ántes de llegar al primer pueblo de aquel rio (que llamamos de la Santísima Trinidad) mas de cuatrocientos con sus mugeres é hijos, con mucha plumeria y muestras de regocijo. Habia muchas cruces puestas por los caminos, que cierto nos sacaban lágrimas de devocion, levantaron arcos aunque no de tanta hermosura como los de México, pero que declaraban bien el triunfo, que Cristo rey de reyes, alcanzaba de sus enemigos, é hicieron sus enramadas para los bautismos. Fuimos en varios dias hasta la mar, y en diez y ocho leguas fundamos siete pueblos en que se contaron mas de nueve mil almas, fuera de otros muchos que la hambre tiene por esos montes, cuyos caciques vinieron al llamado del general, y prometieron de asentar su gente, que junta segun piensan, pasarán de veinticuatro mil almas. En los primeros quince dias he bautizado tres mil y cien párvulos, y quinientos adultos, fuera de viejos y enfermos *in extremis*, que serán como otros quinientos, que despues de bautizados se han ido en breve á gozar de nuestro Señor. El sea bendito que tan breve concedió á estos lo que yo ha tantos años deseo, y por mis pecados no alcanzo, &c." En otra de pocos dias despues escribe así el mismo misionero. „No habia sabido qué cosa son los mayos, hasta que de espa-

Reduccion de
los mayos al
evangelio

Razon del
padre Pedro
Mendez.

Pluma Ca
de Lector
615

cio voy bautizando adultos, y ya en todo el rio, gracias á Dios nuestro Señor, tengo casados *in facie ecclesiae* ciento cincuenta pares, y entre ellos diez y siete principales y topiles, todos de los mejores cristianos que me parece he tenido en todas las misiones en que he estado. Asisten con gran devocion á las cosas de nuestro Señor; misa no la pierden por ningun caso, y en todo andan muy concertados y obedientes, que en el truco que tienen ahora de cuando vivian en su libertad parece bien que ha venido nuestro Señor á sus almas.

Reduccion de la sierra de Yamoriba.

los nozall
ordob' orbaq
rebasall

A la nueva cristiandad de los mayos, podemos añadir la reduccion de los serranos de Yamoriba entre los xiximes. Habla así de esta espiritual conquista el padre Hernando Santarén, en carta al padre provincial: „En ésta, daré cuenta á V. R. de la pacificacion y congregacion de los serranos de Yamoriba, gente belicosa y serril, que huian de la sujecion de los pueblos por sus homicidios é idolatrías, y á donde se refugiaban todos los malos cristianos que se nos huian de nuestros pueblos. Tres de ellos vinieron al aviso del capitán, que los envió á llamar con una cruz y bandera blanca. Dijeron que serian como trescientas almas, y que estaban divididos, queriendo unos la paz y otros no. El capitán envió á decir que todos los que querian paz se juntasen en el lugar mas cómodo, que él iria á verlos y á acabar con todos los que querian guerra. Amedrentados con esta embajada, enviaron cinco indios, y entre ellos al principal, diciendo que todos querian paz, que fuésemos allá. Partimos con dos de ellos de Guapijupe á 10 de diciembre por un camino que habian abierto los de Bacapa muy trabajoso. Aquí estaban como ciento y veinte personas, que ni por bien ni por mal habian podido reducirse, parte por su fiereza y parte por la comodidad del rio y tierras muy fértiles que allí tenian. Allí asentamos un pueblo, á quien pusimos Santiago, y nos partimos á Yamoriba: caminamos cuatro leguas de mal camino cuesta arriba, donde nos rodaron dos bestias mas de cien estados. De aquí caminamos al Sur otras cuatro leguas de buen camino, y cañadas apacibles, y dos mas adelante, siendo peña tajada, y no habiendo camino por donde pasasen las bestias, fué necesario que el capitán tomase la vanguardia, y venciese las dificultades, que no eran pocas, porque todo daba sospecha de alguna celada, y aquella noche habia dicho la guía, que los inas habian de salir al camino, y con esto los indios amigos andaban turbados y temerosos, y á mí se me llegó uno de ellos, y me dijo: padre, vuélvete, que te han de cortar la cabeza; pero el Señor mudó el

corazon de los rebeldes, de suerte, que á la tarde llegamos á Yamoriba, que cae en una ladera muy apacible, y cielo muy sereno, entre pinos y encinas, que parecia un paraíso. Hallamos hechas ramadas, y toda la gente puesta de rodillas ante una cruz. Todas las antiguas amenazas se convirtieron en pedir paz, amistad, Iglesia, padres, bautismo y que no los sacásemos de allí por ser aquellas tierras muy fértiles y el rio tan caudaloso, con tantas vegas y sacas de agua, como veíamos. Yo levanté una cruz en una de las enramadas, dije misa, y puse por nombre al pueblo Santa Cruz de la Sierra. El tiempo que aquí estuvimos, mandamos llamar á los de Humaye, que vinieron veinte viejos y dieron la obediencia. Mas adelante al Sur en otro rio, que llaman de Mazatlan, están los de Alixame. Vino el principal de ellos pidiendo que los fuesen á bautizar. Serán como cuatrocientas personas. Despachó tambien el capitán dos indios que tenian entrada en el pueblo de los inas, para que diesen la paz y fuesen nuestros amigos, y no matasen á los que están bajo de la obediencia del rey nuestro señor.”

Hasta aquí el fervoroso padre Hernando de Santarén, que incesantemente añadía nuevas naciones al rebaño de Jesucristo. En las ciudades con la apostólica red de la predicacion y ministerios, se ganaban tambien muchas almas. A fines del año siguiente se manifestó bien cuán poderoso medio es la devoción de la Santísima Madre de Dios para animar el fervor del pueblo cristiano, y conquistar á su Magstad muchos corazones rebeldes. Aunque habia ya en México muchos célebres santuarios dedicados á la Virgen Madre, y aunque las mas de las congregaciones, erigidas en nuestros colegios, estaban singularmente consagradas á su culto, sin embargo, parecia faltar á un no se qué particular atractivo á la piedad, y no haber la Compañía cumplido perfectamente á sus obligaciones en esta parte, mientras no tenia en su Iglesia alguna capilla á semejanza de la celestial recámara de Nazaret, que con milagrosa transmigracion se venera en Loreto. Es constante á cuantos han saludado la historia de nuestra religion, la singular benevolencia con que quiso la Reina de los Angeles, que tuviese casa la Compañía en aquella su favorecida ciudad, y que aun entrasen á la parte del cuidado y culto de aquel devotísimo santuario. En la América no habia aun capilla alguna de Loreto, disponiendo así la Providencia que aquella casa peregrina se hiciese propia de la Compañía en estos reinos, en que le hubiesen de consagrar tan-

Primera Casa de Loreto. 1615.

tos altares, cuantos son los que á semejanza de aquel augusto original se han erigido despues en México, Tepotzotlán, Guadalajara y otros varios colegios. Dedicóse esta primera capilla en nuestra Casa Profesa el dia 8 de setiembre de 1615. Costó su fábrica y primitivo adorno 6.000 pesos, á que se añadieron despues muchas joyas y donativos preciosos, con que en memoria de los beneficios recibidos la enriquecieron algunos devotos. Se le dotaron dos coros de música, uno para las tardes de aquellos dias en que la Iglesia celebra los principales misterios de la Virgen Santísima, y otro para la salve y letanías que se cantaban despues de la plática y devotos ejercicios de la congregacion del Salvador, que por medio de este poderoso atractivo recibió considerables aumentos.

Muerte del padre Bernardino Acosta.

Pocos meses ántes habia llevado para sí nuestro Señor de aquella misma casa al padre Bernardino de Acosta, uno de los mas antiguos sugetos que tenia la universal Compañía, y que alcanzó tres años el gobierno de su santo fundador. El amor á nuestra religion fué hereditario en su familia. Cinco hermanos que fueron, entraron todos en la Compañía y la honraron con sus grandes talentos y religiosas virtudes. Los padres Gaspar, Diego y José de Acosta, fueron bien conocidos en la Europa: al hermano Cristóbal de Acosta la muerte que le sobrecogió ántes de ordenarse de sacerdote, no le dió lugar á dejar tanto nombre. Su padre, despues de una fortuna muy lisonjera y próspera, vino á caer en suma pobreza, que toleró con cristiana conformidad, y se retiró á uno de nuestros colegios, donde sirviendo como el mas humilde coadjutor, acabó tranquilamente sus dias. El padre Bernardino, fué hombre de grande sinceridad que supo conciliar con una estremada prudencia. Gobernó en el colegio de Logroño, en la Europa, y los de Guadalajara, Oaxaca y Casa Profesa en la América, constante siempre en sus religiosas distribuciones, muy dado á la oracion y trato con Dios. Nadie oyó jamás de sus labios la mas leve murmuracion. En la última enfermedad que le duró cincuenta dias, dejó admirables ejemplos de paciencia. Tuvo siempre á su cabecera el libro de las reglas de la Compañía, que tan cuidadosamente habia siempre observado, y de que pasó á gozar el premio el dia 29 de mayo.

Muerte de otros dos.

A poco intervalo le siguieron en el colegio máximo los padres Diego Lopez de Mesa y Bernardino de Albornoz. El primero, fué uno de los fundadores que vinieron en la primera mision del padre Pedro Sanchez. Despues de haber gobernado los colegios de la Puebla,

Pátzcuaro, Valladolid y la Casa Profesa, y ejercido con grande satisfaccion los empleos de secretario y consultor de la provincia, cayó en una especie de frenesí, año y medio ántes de su muerte. Aun en esta situacion tan lastimosa no dejaba de edificar á los de casa con la circunspeccion de sus palabras, con su constante paciencia, y con un tan nímio cuidado de la pureza de su conciencia, que se confesaba dos y tres veces cada dia. Vuelto á su entero juicio pocos dias ántes de morir se previno con actos fervorosísimos para pasar de esta vida á los 30 de octubre. De la victoriosa vocacion del padre Bernardino de Albornoz, uno de los primeros que se recibieron en esta provincia, hemos hablado ya en el primer libro de esta historia. Aquí solo añadiremos, que todo el resto de su vida religiosa fué muy conforme á la piedad y al desengaño con que se ofreció al Señor. Amaba tiernamente á la Compañía, y lo mostraba bien en la escrupulosa observancia de las mas menudas reglas. Se dedicó luego que fué sacerdote á los ministerios de indios, en que pudo trabajar poco, probándolo Dios con 32 años de continuas y molestas enfermedades, que toleró con heróica paciencia, hasta el dia 25 de julio en que pasó al descanso. En el colegio de Oaxaca faltó tambien el hermano Juan Bautista Aldricio. Fué recibido en la Compañía en Roma por el padre Diego Laines, segundo general; sugeto de rara humildad, que le hizo pedir con tantas lágrimas y sinceridad el humilde estado de coadjutor, que hubieron de condescender los superiores, aunque habia sido admitido para sacerdote, y era dotado de una singular viveza de ingenio. Todo el tiempo que no le ocupaba el oficio de Marta, lo daba al de María, en continua y fervorosa oracion ante el Santísimo Sacramento. Decíase que su aposento era el coro en que asistia aun desde buen rato ántes de levantarse la comunidad. A la oracion juntaba el ayuno, la disciplina por lo comun tres veces al dia, y el silicio ordinario. Su devocion para con su santo padre Ignacio le hacia decir muchas veces que no deseaba vida sino para verlo canonizado, y habiéndole afirmado por noticias que se tenian de Roma, que probablemente se canonizaria aquel mismo año, dijo con grande júbilo á voces: „*Nunc dimittis servum tuum Domine*, y pocos dias despues, el 7 de octubre, recibidos los santos Sacramentos, descansó en paz.

A las antecedentes muertes de nuestros padres y hermanos, añadiremos una de muy singulares circunstancias de un noble y piadoso caballero. Adolecó este de un mortal tabardillo en un pueblo muy cer-

Caso raro en Tepotzotlán.

caño al colegio de Tepetzotlán. Su antiguo afecto para con la Compañía y devoción a S. Ignacio, le hizo llamar luego á uno de los padres, con quien se confesó. Corriendo los términos de su enfermedad, vino á caer en un delirio, con ademanos, fatigas y estremos, bien diferentes de todos los síntomas, que acompañan por lo comun á este género de fiebres. Dos padres que acudieron llamados, le dijeron algunos Evangelios, y le aplicaron reliquiás e imágenes, singularmente la de N. P. S. Ignacio. El enfermó en esta ocasion con señas y algunas palabras cortadas, dió á entender que los tormentos que padecía eran otros, no causados del accidente. Los padres, obligados á volver al colegio, dejaron muy encargado á los circunstantes les avisasen del éxito, promoviéndolo con fervor al Señor. A pocos dias recibió el confesor un papel de otro caballero, íntimo amigo y compañero del enfermo, que pondremos aquí á la letra: „Mi padre: ayer lunes á las ocho de la mañana fué Dios servido de llevar para sí á nuestro enfermo. Murió como un santo, porque aquel accidente que tenia el jueves, se le quitó á las dos de la madrugada el viernes, y quedó con todo su juicio, y delante de muchas personas me dijo que le habia un demonio atormentado dos siglos: que habia visto el infierno, y en él algunas personas conocidas: que la Madre de Dios del Cármen, y el santo padre Ignacio le habian sido intercesores por medio de las oraciones de dos religiosos de esa santa Casa. Esto, y otras cosas me habló con muchas lágrimas, rogó á todos no ofendiesen á Dios, por lo mucho que le habia costado una alma, pidió á todos perdón de todos los enojos que les hubiese dado muy de corazon, y el sábado en la noche desde las diez hasta el dia siguiente á las ocho de la mañana, estuvo abrazado con un santo Cristo, llorando y pidiéndole misericordia, sin ser posible dejarlo de las manos en todo el tiempo dicho, y estaba tan en sí, que diciéndo una persona que le ayudaba un Salmo de David, erró en cierta parte, y él dijo: No ha de decir así sino así.” Hasta aquí el dicho papel, que á los sujetos piadosos podrá dar materia á muchas y muy importantes reflexiones.

Misiones en varios colegios.

En los demas colegios florecian con tranquilidad y fervor los ministerios. De Puebla se hizo una útilísima mision á las minas de Tlalpujahua, en que trabajó gloriosamente el padre Luis de Cobarruvias. Los padres Juan Ferro y Ambrosio de los Rios, segun su costumbre, corrian santificando los diversos partidos de Michoacán. De Zacatecas se enviaron tambien misioneros al real de Minas de los Ramos.

El mismo celo, las mismas prácticas de piedad, el mismo provecho en todas partes. Se conocerá mejor por dos retazos de carta de un real ministro de Guadalajara, y de un Illmo. obispo de Michoacán. El oidor de Guadalajara escribe así al padre provincial: „Los padres de este colegio tienen salud, notable y continuo cuidado y trabajo en provecho de las almas, y no ha lucido poco en este Jubileo de las cuarenta horas, que se han pasado con no pequeño gusto y recreacion de espíritu, y tienen tanto de él estos padres, que en todos tiempos y ocasiones nos lo comunican á manos llenas. Muchas veces me pongo á considerar la misericordia que hace el Señor á esta república, teniendo en ella este santo colegio y pedazo de cielo poblado siempre de tantos y tan buenos sujetos, y los que están al presente sin ninguna exageracion, prudentes, cuerdos y de mucho consejo, de grandes talentos y santo celo.” El Illmo. Sr. D. Fr. Baltazar de Cobarruvias, dando al padre provincial las gracias de lo mucho que en favor de sus ovejas trabajaban los padres de aquel colegio, dice así: „Hanme parecido bien los sermones, que han sido de mucha doctrina y aceptacion del pueblo, singularmente los del padre Juan Dávalos, y con mucho afecto, sentimiento y espíritu. El padre rector está muy bueno, que por su virtud y buenas prendas merece toda veneracion y respeto, cuyo voto y parecer estimo por sus grandes letras.”

Por un modo muy distinto é incomparablemente mas eficaz fué el Señor servido de dar á conocer al mundo todos los trabajos é incomodidades de los misioneros, y la grande utilidad de sus apostólicas tareas en lo espiritual y temporal en las provincias de Sinaloa. Acaso á principios del verano, con licencia y merced que habia alcanzado del rey Felipe III D. Tomás de Cardona, vecino de Sevilla, para la pesca de las perlas en el mar de California, se habian armado dos navios á cargo del capitán D. Juan de Iturbi. A la entrada del golfo se halló acometido de los corsarios, que llamaron *Pichilingues*, é infestaban entonces aquellos mares. Apresaron el uno de sus navios. El capitán Iturbe con el otro, entró por el seno Californio hasta la altura de 30 grados. La falta de bastimentos le hizo volver al Sur la proa, en busca de algun puerto. Los indios pescadores dieron noticia al padre Andrés Pérez, que habian visto una casa grande nadando sobre la agua. El padre, previendo lo que era, habia ya escrito un papel que despacharles con un indio gran nadador, si llegaban á arriarse mucho á la costa. Mientras se preparaba esta embajada, dos

Arribo á Sinaloa del capitán Iturbi.

marineros enviados por el capitán español en un esquife, siguiendo las huellas de los pescadores, maltratados de la hambre y de la sed, y acompañados de un gran número de indios, que los seguían de tropel, se entraron por las puertas de su pobre choza. El padre los recibió con mucha caridad, é informado de las necesidades del capitán y de su gente, pasó á bordo llevando todo cuanto pudo juntar de provisiones en aquel miserable país. Informó al capitán de la vecindad de la villa de Sinaloa, á la embocadura, de cuyo río podía seguramente dar fondo, y pedir todo lo necesario al capitán Diego Martínez de Hurdaide. Partió Iturbe muy agradecido á la caridad del misionero, y edificado de su trabajosa vida. Arribando al río de Sinaloa, experimentó la misma benevolencia y liberalidad en los demás sujetos de aquel partido. Entre tanto, noticioso el marqués de Guadalcazar, virrey de Nueva-España, del corso que en aquellos mares hacían los *Pichilingues* mandó orden al capitán Iturbi para que recibiendo á su bordo á Bartolomé Suarez, con algunos soldados del presidio de S. Andrés, que comandaba en Topía, saliese á encontrar la nao de Filipinas, y le advirtiese tomar diferente rumbo y puerto que el de Acapulco, para no caer en manos de los piratas. Se obedecieron las órdenes de S. E. aunque no tuvieron efecto. Iturbi no pudo encontrar el barco de Filipinas, que sin alguna adversidad había ya surgido en Acapulco. Dió la vuelta á Sinaloa, en que fabricó una barca chata para sondear la costa, y seguir su designio en la pesca de las perlas, de que llevó á México considerable porción, aunque las más dañadas, porque los indios para aprovechar los hostiones, ponían al fuego las conchas. De las que logró sin daño, hubo una de tanto valor, que de quinto pagó al rey novecientos pesos. La aventura de Iturbi sirvió no poco para confirmar en la fé á los neófitos ahomes, que volviendo á su país decían llenos de admiración á los ministros: „ahora creemos que es verdad lo que nos decis de que por nuestro bien habeis venido de vuestras tierras, pasando la mar en grandes casas de palo. Nuestros ojos lo han visto, y no lo podemos dudar.”

Gran perla.

Sucesos de los chicoratos, y primera entrada á los neobomes.

Mientras que estos fervorosos cristianos de los más indiferentes sucesos sacaban tan provechosas consecuencias, los rebeldes de Chicorato y Cahuameto no cedían á las más vivas exhortaciones de sus ministros. Los padres Juan Calvo y Pedro de Velasco habían trabajado inútilmente en reducirlos. Resolvieron últimamente llamar en su socorro al padre Hernando de Santarén, que antes había doctrinado á los

bacapas, y á quien todas las naciones vecinas conservaban grande veneración. A los ruegos, razones y dádivas del padre parecieron rendirse prontamente, y algunos se rindieron en efecto; los demás, vuelto el padre á su misión de los xiximes, volvieron á su obstinación, que no cesó del todo sino con la violencia del castigo y fuerza de las armas con que entró á sujetarlos el valeroso Hurdaide. Gran parte habían tenido en la terquedad de estos fugitivos algunos malvados tepehuanes que se habían avecindado entre ellos, y que para decirlo así, fueron la levadura de aquella conspiración general que dentro de poco veremos prorrumpir con estruendo, y con mucha gloria de nuestra provincia. Estas amarguras se templaron por otra parte con la nueva conquista de los neobomes, que en número de trescientos cincuenta vinieron á Bamoa á pedir el bautismo. Bamoa era un pueblo á la ribera austral del río de la Villa, fabricado muchos años antes por indios de esta misma nación, que hasta este lugar vinieron haciendo escolta á Cabeza de Baca y sus compañeros, cuya aventura dejamos escrita en otra parte. Tan antigua era en estos indios la amistad con los españoles que después habían siempre cuidadosamente cultivado. El padre Diego de Guzman, ministro de aquel pueblo, los recibió con increíble consuelo; se les repartieron tierras y catorce fanegas de maíz para sus siembras. Se quedaban esperando otros muchos de esta misma gente.

A principios del año siguiente se repartieron de nuestra Casa Profesa diferentes sujetos á misiones por el arzobispado. En Sultepec, en Tasco, en Pachuca, en S. Juan del Río, tuvieron copiosísima mies en que ejercitar su celo, no solo en las obras de espiritual misericordia, sino aun en la corporal por un ramo de peste que hacia no pequeño estrago en los pueblos de los indios. Harto sentimos no podernos detener con la relación de los particulares frutos de estas fervorosas expediciones de que están llenas nuestras anuas, porque no crezca á inmensos volúmenes esta historia. Al mismo tiempo que estos santificaban los pueblos de la diócesis de México, treinta compañeros, bajo la conducta del padre Nicolás Arnaya, navegaban el Océano. Salieron de Cádiz en un solo navío, poca esfera para el celo de tantos operarios. La Providencia dispuso que haciendo mucha agua la nao, hubiesen de repartirse entre los demás barcos que componían la flota. Aunque en todos los navíos ejercitaron con grande utilidad todos sus ministerios, y edificaron mucho con los ejemplos de su vida religiosa, fué más notable el provecho del barco llamado la Beatriz por un espe-

Ministerios de la Profesa y otros colegios.

Nueva mision
de Europa.

cial suceso con que el cielo se declaró en su favor. Pasaban por órden del general ocho padres á este navío; pero hubieron de pasar por la mortificación de que ni el capitán, ni el piloto y pasajeros querian recibirlos á su bordo, con el pretexto de la estrechez del buque. Los padres representaron humildemente que ellos se alojarían muy gustosos con los grumetes y gentes de mar, y en nada perjudicarían á los pasajeros. En fuerza de esta modesta representacion se rindió, y la mayor parte de los misioneros entraron en el barco. Solo el piloto se obstinaba en negarles el pasage, vomitando votos y blasfemias que escandalizaban aun á gente no muy desacostumbrada á este lenguaje. No blasfemó aquel impío impunemente largo tiempo. Al instante que los padres todos subieron al navío, una repentina apoplejía sobrecojió á aquel miserable y dentro de cuatro dias lo acabó, sin haber dado la menor señal de penitencia, ni aun de sentido, á pesar de las mas esquisitas diligencias y de la continua asistencia, que con este oficio de caridad le pagaron lo mucho que los habia ultrajado. A los 11 de setiembre tomaron puerto en San Juan de Ulúa, y el padre Nicolás de Arnaya luego que llegó á México tomó sobre sí el gobierno de la provincia. Poco despues de su llegada se fundó en la Casa Profesa una congregacion ó hermandad con el título de Purísima Concepcion, para solo sacerdotes. Ochenta piadosos eclesiásticos dieron desde luego su nombre, y celebraron su primera funcion el dia 8 de diciembre. El Illmo. Sr. D. Juan de la Serna, que estaba fuera de México en la visita de su diócesis, escribió á la venerable congregacion en estos términos: „De la fundacion de la santa congregacion he recibido mucho consuelo, y con él he concebido firmes esperanzas de que ha de ser servido mucho nuestro Señor con tan santa institucion, y que en la reformation del clero y estado eclesiástico han de ser grandes los fervores que Dios hará á esa santa congregacion, para cuyo acrecentamiento acudiré con la aficion y gusto que el tiempo mostrará.“ En efecto, venido á México su ilustrísima, asistia las mas de las semanas á los ejercicios de la congregacion, y logró con su autoridad un gran lustre.

Mision á Gra-
nada.

Del colegio de Guatemala se emprendió este año una utilísima mision á instancias del conde de la Gomera, presidente de aquella real audiencia, á las provincias de Nicaragua que eran tambien de su jurisdiccion. El camino es mas de ciento y veinte leguas, que emprendió gustosísimo el padre Pedro de Contreras, sugeto de grandes talen-

tos y nacido, digámoslo así, para esta especie de ministerios. El presidente habia dado anticipado aviso de su marcha á la ciudad de Granada, que lo esperaba con impaciencia. El Illmo. Sr. D. Pedro de Villa Real, obispo de aquella diócesis, le hospedó en un pueblo vecino á la capital y lo detuvo tres dias tratando asuntos pertenecientes al bien de sus ovejas. Manifestó un grande y muy antiguo deseo de que fundase en aquel pais, y no se quedó en solas palabras como despues veremos. Avisando á su iglesia de la llegada del padre, mandó prontamente órden de que predicase en su catedral todos los sermones de la próxima cuaresma, y no satisfecho con demostraciones de tanto aprecio, instó grandemente al misionero á que pasase á hospedarse en su mismo palacio. Este honor no pudo admitir el padre, que segun la loable costumbre de nuestros mayores, no quiso mas alojamiento que el hospital. Lo primero aceptó con gusto predicando en la catedral todos los domingos y vienes de cuaresma, y cuatro dias de la semana santa, con tan extraordinario gusto, concurso, conmocion y docilidad del pueblo á sus santos consejos, cuanta era la aceptacion con que lo habian recibido. Detuvieron al padre aun muchos dias despues de la cuaresma, haciéndole una piadosa violencia para que no dejase la ciudad en que tanto fruto habia hecho, y podria hacer mucho mas con el tiempo. Sin embargo, siéndole forzoso obedecer, hubieron de dejarlo salir no sin grande dolor, aunque con la esperanza de volver al año siguiente, para el cual esperaban poder dar asiento á la fundacion de un colegio. Lo que no pudo conseguirse por entónces en la ciudad de Granada, se logró felizmente en Zacatecas por la liberalidad del maestro de campo D. Vicente Saldivar y Mendoza, caballero del órden de Santiago, pacificador y capitán general que habia sido de aquella provincia, y uno de sus primeros pobladores. Era muy antiguo en este noble y piadoso caballero el afecto á la Compañía de Jesus y el deseo de fundar un colegio en aquella ciudad. Lo acabó de resolver el ejemplo de su nobilísima esposa Doña Ana de Vañuelas, que poco antes habia dejado en su testamento el quinto de sus bienes para la fundacion de este colegio. Siguiendo el maestro de campo un tan piadoso ejemplo añadió al dicho legado otras cantidades hasta la suma de veintisiete mil cuatrocientos y un pesos, los ocho mil para la fabrica de la iglesia y el resto para fondos de que se sustentase la religiosa comunidad, y que se emplearon por su direccion en las haciendas de Sienguilla. Contribuyó fuera de eso para otras muchas obras

Principios de la sublevacion de los tepehuanes.

para adorno de la iglesia, en torre, retablos y algunas otras alhajas para el servicio de los altares.

Dejamos muchos otros menores sucesos aunque de grande edificacion para referir el mas notable de este año, y en que será preciso tocar ligeramente cosas que por sí mismas merecian una particular historia. Las misiones de los tepehuanes habian gozado hasta allí de una profunda paz. En los pueblos del Zape, de Santa Catarina y Papátzquiario con la religion habia entrado la policia y cultivo en los trages, en las casas y gobierno de las familias. Entre ellos y los españoles de los reales y haciendas vecinas, florecia un trato y comercio muy franco y provechoso. No se les oia quejar de la violencia ó mal trato de los mineros: habian levantado bellas iglesias, á que concurrían á la doctrina, misa y procesiones. Por otra parte, concluida la paz entre los conchos y el cacique Tucumdagui no tenian los padres motivo alguno de sobresalto. Sin embargo, no se habia aun estinguido enteramente la mala raza de los hechiceros. Algunos de estos, perseguidos de la justicia y de los padres, se habian refugiado á otros pueblos de gentiles y entre los alzados cahuametos. Desde fin del año antecedente, asistiendo un indio lagunero á un baile de tepehuanes, uno de estos, de mucha autoridad y canas, le dió un arco muy fuerte y adornado, diciéndole que era de un gran señor que se habia aparecido en diversas formas, y que vendria del Oriente á dar muerte á todos los padres y españoles. Otro levantó un ídolo en el pueblo de Tenerapa que decia venia á librar á su nacion de aquella nueva ley que habian introducido los padres, y cerrar para siempre el paso á los extranjeros. Traiales el ejemplo de dos indios y una india, llamados Lucas, Sebastian y Justina, á quienes por no querer apartarse de sus errores habia tragado vivos la tierra. Aparecia en diversas edades, unas veces resplandeciente con arco y flechas en las manos, y en fuerza de sus encantos se decia haber aparecido un muerto sobre el mismo sepulcro, y dicho á los presentes que breve volveria su dios á aquella tierra, y él resucitaria y se casaria de nuevo. En medio de estas sediciosas conversaciones se comenzó á formar una horrible conspiracion que guardaron con un tenacisimo silencio. Es verdad que los padres habian conocido en ellos mucha tibieza en los ejercicios de piedad, y una cierta aversion y despego ácia sus personas, que no pudo menos de notar el padre Andrés Perez en pocos dias que estuvo en Papátzquiario de paso para México.

Los conjurados determinaron quitarse la máscara y caer sobre los padres y españoles el dia 21 de noviembre, dedicado á la Presentacion de la Virgen Santísima, para el que se preparaba una gran fiesta en la iglesia del Zape en la colocacion de una bellissima estatua, que poco ántes se habia traído de México. La ocasion no podia ser mas oportuna; sin embargo, la codicia de una árria cargada de ropas que habian visto entrar en Santa Catarina, les hizo apresurar el rompimiento en este pueblo, á quien siguieron luego los demás de la nacion. En efecto, miércoles por la mañana, 16 de noviembre, comenzaron las hostilidades con el robo de las mercaderias y muerte del padre Hernando de Tobar. Este fervoroso jesuita habia llegado allí de Culiacán el dia ántes. Los indios le recibieron con una traidora benignidad, y á la mañana, cuando ya se habia puesto en marcha para seguir su viage, le salieron al camino. Hicieron presa en él estendiendo su cólera á todos los predicadores del Evangelio, aun los que no habian sido sus ministros. Este que es Santo, (decian todos blasfemando) veremos si lo resucita su Dios ó lo libra de nuestras manos. ¿Qué piensan estos que no hay sino enseñar Padre nuestro que estás en los cielos, y Dios te salve María? A estas razones el celoso sacerdote no pudo menos que volver por la honra de de Dios, y reprenderles su apostasia. La respuesta fué una lanzada en el pecho con que murió dentro de poco, invocando con grande afecto al Señor por quien moria. Un indio mexicano llamado Juan Francisco, á quien tenian preso los tepehuanes, fué testigo de su muerte, y libre depuso lo dicho con juramento en Guadiana. Alonso Crespo, español que acompañaba al padre, dejando la récua que conducia, se acogió á la estancia de Atotonilco, donde halló congregados algunos españoles, y al padre Fr. Pedro Gutierrez, religioso de S. Francisco, resistieron estos algun tiempo á la multitud de indios que vino luego á cercarlos. El religioso, que salió á persuadirlos con un crucifijo en las manos, tuvo por recompensa de su caridad una preciosa muerte atravesado de una flecha en el estómago. De los demás solo escaparon Lucas Benites, escondido en una chimenea, y Cristóbal Martinez de Hurdaide, hijo del capitan de Sinaloa, á quien preservó un indio, agradecido de los buenos servicios de su padre.

Mientras esto pasaba en Atotonilco, una cuadrilla de tepehuanes en el pueblo de Guatimapé acometió á treinta españoles que se habian hecho fuertes en una casa. Estaban ya á punto de rendirse y experimen-

Hostilidades en Sta. Catarina y Atotonilco, y muerte del padre Hernando de Tobar.

En Guatimapé y Papátzquiario, y muerte de otros dos padres.